



VIOLENCIA - 10

Juan Reyes, S.M.

Trabajo pastoral en medio de los malandros

**«No necesitan médico
los que están fuertes,
sino los que están mal.**

**No he venido a llamar a
justos, sino a pecadores»**

(Mc. 2,15-17)

Si uno toma en serio estas palabras de Jesús en medio de nuestros «barrios», diríamos con certeza que las ovejas perdidas de Israel en la actualidad son nuestros jóvenes que ejercen la violencia, los llamados «malandros». El compromiso de nosotros pastores para con ellos debe ser una decisión y una obligación, más que una opción. Debemos actuar en medio de estos seres humanos como instrumentos de la misericordia divina.

Ante esto las preguntas más obvias son: Y nosotros como pastores en medio de ellos ¿qué debemos hacer?, ¿cómo debemos actuar?, ¿qué estamos haciendo?, etc.

Para responder a estas interrogantes comparto con ustedes mi experiencia vivida con ellos. Llevo año y medio trabajando en este ambiente. Los pasos dados no son teorías sino son fruto de un contacto directo y continuo con estos seres humanos.

1. Amistad y diálogo con los muchachos. Este es uno de los puntos fundamentales y básicos, para empezar nuestro apostolado con ellos. No es fácil al principio: uno se encuentra con una pared bien cimentada que tenemos que derrumbar. Uno se siente impotente, desanimado, cuestionado, desconsolado, confrontado, incómodo, con ganas de dejarlo todo porque parece que no tiene solución y arruinan todo el trabajo que con buenas ganas se realiza en bien de la comunidad. Es normal sentirse incómodo: por la indi-

ferencia, apatía, desconfianza, orgullo, que demuestran hacia uno. Pero para romper estas barreras es necesario en momentos adecuados entablar un diálogo con él o con ellos. El pastor debe ver en ese ser humano no a un malandro sino a una persona que tiene su dignidad y personalidad, que por circunstancias adversas ha tomado un mal comportamiento.

Un gesto, un saludo, una sonrisa, son unas de las iniciativas que hay que tomar. Para que se entre en contacto se requieren meses o años. Poco a poco entrarán en confianza contigo, te buscarán y te manifestarán sus preocupaciones, problemas y dificultades. Hay que darles el tiempo suficiente para escucharlos y orientarlos. Es bueno también el contacto con sus familiares, su esposa, hijos (si es que los tiene). Debemos aprovechar todo tipo de ocasiones para relacionarnos con ellos y entrar en un sincero diálogo.

No todos te responderán como uno quiere o espera; algunos serán más accesibles contigo, otros demorarán el proceso. Por eso el diálogo debe ser continuo y sistematizado con objetivos claros y específicos. Punto fundamental del diálogo y signo de aprecio para ellos, es dejarlos hablar y saberlos escuchar, más que hablar nosotros. Que sean ellos quienes nos hablen y no tanto al contrario.

2. Reunión con los jefes. Para dar este paso es importante reunir a los muchachos por zonas o parcelas, darles siempre una charla corta con elementos claros y específicos, que sean ellos los protagonistas principales del tema que se está tratando. En este proceso uno debe hacer de moderador, poniendo de relieve los elementos más importantes expresados por cada participante. Los jefes o líderes deben ser exhortados a recoger ellos mismos estos elementos para llevarlos en la

reunión conjunta de los jefes o líderes.

Cuando este camino esté preparado en cada zona es imprescindible reunirse con sus líderes de zonas o sectores. Esta reunión se debe realizar en un sitio neutral, donde ninguna de las partes salga agobiada o resentida. En la misma reunión, se debe crear un ambiente de libertad, y al mismo tiempo de respeto recíproco, de manera que cada quien se sienta libre y confiado en expresar su pensamiento. El secreto es dar pasos lentos pero seguros de lo que se quiere conseguir en dicha reunión. Cualquier mal manejo de la situación puede detener el proceso de integración de los jóvenes.

3. Reunión con acuerdos mínimos. Al comienzo de esas reuniones hace falta conformarse con establecer cosas muy sencillas y ventajosas para todos los habitantes del barrio. Cosas obvias, sobre las cuales los diversos grupos están de acuerdo. Entre esas cosas sencillas, se pueden considerar éstas, ya propuestas en reunión con ellos.

- a. No utilizar a los niños como "mulas".
- b. Que no oculten a malandros de otras parroquias que hayan tenido problemas con la justicia.
- c. Que no hagan disparos, bochinche..., durante actividades en bien de la comunidad: recreativas, culturales, religiosas.
- d. Que ayuden en las actividades de su zona o parcela.
- e. Que la ceremonia de despedida para un difunto a la salida del barrio, no traiga consecuencia para los habitantes que acompañan.
- f. Que no lleven armas cuando se va a enterrar a un amigo de ellos.
- g. Que la ceremonia de entierro se realice en paz y tranquilidad.
- h. Que no sean chismosos y alcahuetes unos con otros. Cada uno asume su responsabilidad.
- ii. Que no disparen por disparar. Muchas veces las personas inocentes salen afectadas.

4. Visitar a los que están en la cárcel. Esto es un signo visible y eficaz que valorizan y aprecian. Se dan cuenta de que el pastor no se preocupa de ellos solamente cuando están en la calle, sino que también está presente en la cárcel.

5. Buscarles trabajo. Para que un joven se regenere totalmente es necesari-

rio ofrecerle un trabajo digno, donde se realice como persona. Por otra parte conducir un joven al trabajo digno, es el único camino para sacarlo del ocio, del ambiente, que a veces lleva al joven a delinquir. Hay que tener en cuenta que el trabajo se debe buscar según la capacidad del joven rescatado, para que sienta satisfacción en ejercerlo y no decepción por los fracasos.

6. Personal que trabaja en el barrio.

Para trabajar en el barrio, no es suficiente la buena voluntad. Quien quiere incorporarse a este trabajo debe tener:

- a. Formación espiritual y oración, porque sólo con ella podemos llegar lejos.
- b. Preparación adecuada para trabajar en estos ambientes.
- c. Conciencia de que el trabajo es lento, difícil. Exige mucha paciencia y constancia.
- d. Visitar y evangelizar casa por casa.
- e. Estar preparados o dispuestos a las consecuencias que nos pueda traer nuestra misión.
- f. Ser ejemplo y modelo de vida para con ellos.
- g. Anunciar y denunciar con valentía las actividades oscuras del barrio.
- h. Acompañarlos en algunas de sus actividades: entierros, rezos, reuniones, actividades creativas.
- i. Ser imparcial en las zonas o parcelas. Trabajar por igual.
- j. Buscar y formar representantes o líderes en las distintas áreas para integrar un consejo de pastoral para cubrir sus necesidades de orden educativo, cultural, familiar, sacramental.

CONCLUSION

Al finalizar estas reflexiones puedo decir que con estos métodos sencillos hasta el momento empleados, hemos rescatado a algunos jóvenes de este «infierno» en el cual estaban metidos. Y hoy trabajan por la sociedad y por su comunidad con dignidad y honradez.

Sólo si actuamos de esta manera seremos instrumento de la misericordia de Dios, para con estos hermanos nuestros que necesitan de nuestro apoyo y de nuestra solidaridad.

Ayúdalos, no los abandones, no les niegues la mano, porque él y otros te necesitan. «Si rescatas a uno habrás salvado a muchas vidas».



VIOLENCIA - 11

Alfredo Infante

Idolos en la noche

En las noches caraqueñas reinan los ídolos, y entre sus garras se van sacrificando vidas. La vida va perdiendo el valor sagrado que posee porque no se la reconoce como absoluta. Un par de zapatos, una chaqueta, un gesto o el control del mercado de la droga, bastan para apagar la existencia del prójimo. El modo de reinar de los ídolos es la violencia.

Esta es una constatación cotidiana. Los estruendos de balas lo repiten a cada momento. En medio de esta realidad surgen las preguntas ávidas de respuestas. ¿Cómo hacer posible el reconocimiento de la absolutez de la vida? ¿Cómo abrir un boquete a nuevas posibilidades de existencia?

1. Lo más dramático y esperanzador es caer en la cuenta de que los delinquentes no son totalmente malos y que también tienen que ser salvados. Que una alternativa real tiene que asumir esta complejidad. Que no se trata de desechar a los violentos sino de convertirlos.

No es idealismo el encuentro cara a cara con algunos, con nombres y apellidos; me ha llevado a la certeza de reconocer que aún está presente en ellos lo humano. Y es aquí cuando uno logra aproximarse al corazón de sus madres porque sólo ellas son capaces de percibir en sus hijos al ser humano y no al monstruo.

2. Pero lo más escalofriante es descubrir que un muchacho sano mantiene como paradigma al malandro más poderoso del vecindario. Para tocar la llaga de esta realidad hay que bajar al encuentro, sabiendo que hay encuentros que hieren el corazón y excitan la pregunta. Por ejemplo, mi encuentro con Chúo, un muchacho bueno de esos que pasan mucho tiempo en la calle, librándose del hacinamiento de su casa. Amanecía. En el suelo estaban las huellas de un sábado caraqueño. Botellas rotas, latas de cervezas y colillas de

cigarrillos, denunciaban una noche de borrachera, bullicio y rumba. Eran cerca de las 7 de la mañana. Yo llegaba al encuentro de un grupo de chamos para subir al Avila. La luz y la brisa prometían buen día. Al llegar a la plaza me quedé asombrado al ver a Chúo sentado en una de las bancas leyendo la prensa. Confieso que me dio gusto ver a un chamo de 12 años con un periódico en sus manos. Me acerqué para darle los buenos días y felicitarlo por su espíritu lector. Apenas escuchó mis pasos volteó sonriendo y me dijo: «Padre, hemos salido en el periódico». Volvió su rostro y se quedó contemplando la página como quien adora un ídolo. Sus palabras me inquietaron, me llenaron de curiosidad y le pregunté rompiendo su encanto: «¿Saliste en la prensa?» Buscó explicarse: «No, yo no salí, quien salió fue el cangrejo..., mire». Extendió sus manos mostrándome las imágenes, y entonces pude leer los titulares «desmantelada red de distribuidores de drogas». Me quedé en silencio. Las palabras se me ajaron. Miré a Chúo, toqué su hombro y le dije «Chúo, Chúo». El sonrió y se quedó contemplando embelesado las fotografías como quien venera un ídolo. En ese momento me acordé que cuando niño con esa misma actitud abría las revistas para ver a David Concepción, a Betulio González o a Pambelé. No cabe duda, los ídolos cambian.

La mañana se iba imponiendo entre los árboles de la plaza.

La gente comenzaba a caminar de un lado a otro del patio, y entre saludos estallaba la voz victoriosa de Chúo invitando a contemplar el retrato del cangrejo.

Otro caso que expresa este drama social es el de Nena, a quien conocí hace cinco años, cuando los estudiantes de filosofía jesuitas iniciábamos nuestro trabajo pastoral en Quebrada de Catuche. Para